

po. Pero no. Se ha olvidado el nombre del noble, del infante, del rey; pero ha quedado la labor de los súbditos. Allí está, silenciosa, sublime, erguida en sus fustes, victoriosa en sus capiteles, triunfante en sus arcadas, augusta en sus pilares, que se esparcen bajo las bóvedas en palmeras esbeltas de granito. Donde pudo olvidarse la gloria de uno, se ha conservado el trabajo de todos. Es de noche; la luna esparce sobre el claustro un fulgor macilento. Pero pronto se cerrará de nuevo el sepulcro, volverán á sus osarios las sombras, una luz azulada se irá extendiendo sobre los musgos y las aliagas, cruzará una bandada de pájaros sobre las agujas de las torres del templo, y para alumbrar á una nueva generación que siente la alegría de las cosas futuras, nacerá el día.

*
* *

La falta de higiene obedece, en sentir de nuestros protectores, á la ignorancia. Y aquí es bueno observar un fenómeno extraño. Apenas á un infeliz le caen dos millones á la lotería ó le sorprende una herencia cuantiosa, cuando por arte mágico sacude la brutalidad y le da por adorar á la higiene con un amor desenfrenado y romántico. Busca en seguida soleada vivienda, coloca en su mesa excelentes manjares, cubre su cuerpo con limpios y cómodos tejidos. Para él no hacen falta los bandos. No hay cuidado que el señor duque se ponga á barrer á deshora el portal, ni se emborrache en la taberna con peleón, ni duerma en las inmundas covachas de los desmontes, ni compre elásticas en el Rastro. Súbitamente se ha desasnado. Es entonces cuando empieza á demostrar á los

pobres los inconvenientes del abandono, de la suciedad y de la ignorancia.

De estas observaciones deduzco que todo tratado de higiene debiera ir ilustrado con billetes de Banco. Sin esto, sus lectores harán de él parecido caso al que hacen de las coplas del buen Calainos. ¿Quién sabe si lo que decimos de estos tratados no pudiera también aplicarse á los morales y pedagógicos?

Hay que ser bueno. Expuesta así la máxima, no necesita sino una condición para ser cumplida: estar en condiciones de serlo. Conviene mucho ser ilustrado. Ya no es menester sino tener tiempo, libros y facilidades para estudiar. Sin temor á enunciar una herejía, diré que es inútil crear muchas escuelas allí donde los ricos no las necesitan y donde los pobres tienen que abandonarlas para ganarse, no ya el pan, sino el mendrugo miserable de cada día.

¡Con qué inmensa tristeza oirán y leerán los innumerables indigentes que el fisco ha hecho en España los consejos de las *autoridades asépticas!* Ellos bien quisieran contribuir á la salud de todos, dejar de comunicar á sus semejantes los gérmenes de la tuberculosis, del tifus ó del cáncer. Pero no tienen más remedio que hacerlo. Los han adquirido en la obscura, pestilente madriguera en que los recluyó la ajena codicia, ingiriendo alimentos malsanos, privándose por fuerza del aire y la luz. Ellos no pueden sumergirse en marmóreas piscinas á sentir la caricia refrigerante del agua tibia y bien oliente, ni abandonar sus vestidos mugrientos para ceñir su cuerpo flácido y desmedrado con otros de seda ó vellón. Vienen compelidos al desabrimento del desaseo, á la molestia de la promiscuidad de hedor y miseria,

á la ignorancia misma en que les precipita su ruda labor de todos los días. ¿Para qué hemos de hablarles de higiene? Para ellos, la higiene, como el dios de la tierra, se llama pan.

Y aun hay quien se atreve á decirles que huyan como peligroso del beso. El beso es lo único que les queda; el beso sobre unos labios macilentos ó unos párpados amoratados por el llanto ó por la vigilia; el beso sobre la frente de un anciano ó de un niño muerto; muerto por la crueldad de una generación sin entrañas, que, quitando el pan de la boca á los únicos que lo ganan, quiere enseñarles luego, en nombre de la higiene, cómo pueden y deben vivir.

*
* *

La Ascensión quita su grandeza al Calvario. No hay mérito en morir por los hombres, cuando se sabe que se ha de resucitar al tercero día.

*
* *

No hay noche más desapacible, más fría, más siniestra, ni en las narraciones del alcohólico Pöe, ni en los cuentos absurdos de Hoffmann, ni en las locas fantasmagorías de Erckmann Chatrian. En la calle desierta pasan las ráfagas aullando no sé qué cánticos gemebundos: contra los vidrios de los faroles van á estrellarse briznas y plumas, y las llamas oscilantes de los reverberos fingen en las fachadas formas siniestras, agoreros perfiles, rígidos como cuerpos de ahorcados, grotescos como muecas de gnomo, raudos como aleteos de lechuza.

Las puertas de los edificios están cerradas á piedra y lodo. Tras algún entornado balcón se fil-

tra una luz tenue. Es la primer fiesta tradicional. La celebran en la ciudad los ricos encerrados en sus suntuosos refectorios, á los acordes de la música. Allá en las aldeas, al lúgubre tañido de las campanas, la festejan en el hogar los labradores, agrupados en torno del fuego, sobre el cual las castañas saltan al abrirse á la caricia de la llama, aprisionadas en el rústico tamboril.

Una ráfaga más veloz, más helada que sus hermanas, levanta un torbellino de polvo. Al disiparse, aparece en la calle un grupo. Delante, sujetos con una cuerda codo con codo, caminan descalzos dos niños. Uno tiene nueve años; el otro, menos. Van cubiertos de andrajos, y por entre sus rasgaduras aparecen las carnes amoratadas y friolentas. Los dos caminan sobre las losas con paso menudo, con las manos libres en el bolsillo del pantalón hecho jiras, la cabeza baja como avergonzada y temerosa, inclinada sobre el pecho azotado por el aire mortífero, hundida entre los hombros, contraídos por el cierzo que les muerde con su beso mortal.

Detrás van los guardias, graves, ceñudos, callada la teresiana hasta las orejas, subido el cuello del capotón, la mirada fija en los piecillos desnudos de los galeotes, que se mueven en su marcha tenaz y desesperada como cuatro copos fugitivos.

—¿Los traen de muy lejos?—De la Ronda.—¿Qué han hecho?—Han robado al descuido un portamonedas. (*Los niños aprietan entonces el paso.*)—Son muy pequeños.—Saben más de lo que usted se figura. El mayor es una celebridad; ya le hemos prendido varias veces.—¡Parece mentira!—Le digo á usted que son dos bribones.

Del grupo de los niños parte entonces un eco

doliente, que no se sabe si es temblor ó gemido ó moquiteo. Al *jarre, bribones!* de un guardia, los pies descalzos aceleran su marcha sobre las losas, las cabezitas rapadas parecen hundirse más y más.

Pasamos ante el Banco; luego ante un jardín en que columpián su copa los plátanos y chopos; después ante un palacio y otro y otro. ¡Dios mío! ¿De quién será tanto dinero?

—¿No tienen madre?—Esos no tienen nada, ni vergüenza. (*Nuevo moquiteo y nueva contracción en los brazos helados.*)—¿Por qué no los asilan?—Se escapan; quieren ser libres. Además, que no siempre hay sitio para esta canalla. Al ser detenidos, aquél decía que el ladrón era éste.—¿Y éste?—Este cantó de plano. Nosotros sabemos la manera de hacerles cantar.

¡Hacerles cantar! Pero no hay sino un medio de hacer cantar á los pájaros y á los niños: darles libertad, aire y sol; ponerles enfrente de la Naturaleza bravía para que les perfume con sus madurces salvajes; procurarles, no la lóbrega sala de un Asilo, no los rezos refunfuñantes de un hipócrita, no los golpes de un guardián ó de un carcelero, sino el tibio y palpitante regazo de una madre. Y, á falta de madre, ante el niño descalzo deben descubrirse las frentes, desatarse las bolsas, abrirse los pórticos, encenderse las luminarias; recorrerse los cortinones mal adquiridos é inclinarse los lacayos galoneados.

El grupo se fué alejando, alejando, con la pareja de los niños semidesnudos, cabizbajos como inmoladas y mustias verbenas, temblorosos é inquietos como crías de duende. Detrás, con su firme y acompasado paso, se alejaron también los representantes de la autoridad, de esa autoridad que

algunas veces se inclina ante el fuerte que supo á tiempo llamarse león, y cree cumplir un deber al perseguir á los niños descalzos.

¿Qué pensarían las infelices criaturas al verse maniatadas, al cruzar friolentas y llorosas ante todos aquellos suntuosos palacios? Pensarían, de fijo, que los hombres tenían razón al perseguirlos; que ellos eran algo así como un monstruoso aborto de la Naturaleza. Y, pensando así, acabarían por resignarse. La resignación es la virtud que hiela y empequeñece; tras ella no puede concebirse altura moral.

Y serán detenidos un día y otro día. Pero uno llegará en que habrán muerto ó se sentirán fuertes. Desperezarán su plumaje de pinzón aterido y verán que les han crecido las garras.

Y entonces, ellos también mirarán sin pena á los niños desnudos, que caminan atados codo con codo en la noche sombría, sintiendo en sus espaldas el sople del cierzo, oyendo refunfuñar á hombres que ciñen sables y fornituras, viendo moverse susurrantes las copas de los chopos y las acacias por entre las verjas de los hoteles. Hasta que, de esa legión que sufre vencimiento temprano, de ese ejército dolorido de niños sin madre, salga un Masaniello, un Louverture, un soldado corso que, con el filo de una espada gloriosa, inaugure una formidable epopeya de justicia y resurrección.

*
* *

¿Qué hay después de la muerte? Lo que haya será lo mejor, puesto que hay leyes universales. ¿Y si no hubiera nada? Sería indiferente. Hay

algo que vale más que la inmortalidad: merecerla.

*
* *

Sustentada la frente en la mano siniestra, apoyado el codo en el ancho pupitre, he permanecido en mi angosto laboratorio de ideas reposando mis nostalgias y cancamurrias. Una luz debilísima, traslucida por verde pantalla, alumbraba melancólicamente las abandonadas cuartillas y dejaba casi en completa sombra los muros cubiertos por anaquelerías, en donde las hileras de libros semejaban en su alineación un ejército mudo, cubierto de multicolores dalmáticas. Se les adivinaba en la penumbra; á unos, enhiestos, mostrando en franjas bizarras rotulaciones y lemas áureos sobre sus túnicas de piel, como las de los aventureros númerdas; á otros, inclinados sobre sus compañeros, también vencidos, como una decuria fatigada que durmiera su cansancio uniforme.

Como hay regocijo sensual en yacer entre frondas y umbrías y en reposar junto á cauces que refrigeran y fuentes que frasean el monótono canto que luego repite el atañor; como hay un deleite gustoso en descansar á la orilla rocosa del mar que enarca sus lomos glaucos antes de quebrarlos en burbujas, ondas y espumas, ó en dormitar en los viejos claustros, mirando en los denegridos capiteles abrirse lujuriente la flor del loto ó dibujar á los monstruos sus muecas de piedra, hay un placer inenarrable, exquisito, en meditar solo y casi en tinieblas, rodeado de viejos estantes apollillados y de empolvados infolios y mamotretos. Parece que, para vigilar y custodiar nuestro ensueño, han detenido las generaciones su marcha

y los siglos su incesante labor, y que así los genearcas del habla como los progenitores adustos de la idea, hanse reunido en silencioso conclave para estrecharnos en círculo invisible y hacernos sentir la majestad solemne de cuanto hemos pensado y la melancolía inefable de cuanto hemos vivido.

Mirando á mis viejos amigos, una idea tenaz se ha aferrado á mi cerebro, única, invariable. Lejos de pensar en mi porvenir, he pensado en el suyo. Y me he preguntado cuáles de aquellos compañeros de mis soledades y abandonos serian á mi muerte recogidos por manos discretas y cuáles irian á parar á esos montones de la feria en que un manoseo profano acabaría por esparcir sus hojas y despedazar sus envolturas de tela y de piel.

He mirado primero á mi izquierda. En aquellas obscuras estanterías tenía su raigambre el idioma, y allí procuré muchas veces inútilmente hacer recova de elegancias. Apagadas, pero prontas á recobrar su intensa luz, se escondían las llamaradas del genio helénico. Los trágicos se agrupaban tras los cantores de epopeyas. Seguían los latinos: Virgilio, evocador de serenidades augustas; Horacio, plácido y ampuloso; el gran Juvenal, disecador de almas; luego los cómicos, los oradores, los poetas. Era todo un pasado grande y glorioso. Aquello no podía morir.

Pero ¿moririan los libros consagrados en que la fe se disfrazaba de polisindetón? ¿Los Vedas, el Gran Estudio, las lucubraciones de Kong-Fou-Tseu, el Ramayana, el Código hebraico, el Korán, todos los gigantescos alcázares de creencias en que la humanidad cifró sus dolores y sus alegrías, sus odios y sus esperanzas, sus regocijos y sus

quejumbres? ¿Perecerían los códigos, las leyes, los viejos fueros, las ordenanzas que fueron vividas y en que se entretajeron civilizaciones y barbaries, progresos sublimes, inevitables decadencias? Fueron la Religión, el Derecho, la Historia. Todo lo que palpité un día, todo cuanto pudieron legarnos los que nos precedieron en este camino hacia un negro mar sin orillas.

Volví la cabeza y vi á mi derecha á los genitores de la lengua madre. Berceo, el Arcipreste, todos los que crearon ó pulieron el antiguo romance. Pareció que brillaba en la sombra una pléyade de nombres luminosos. Y al pronunciarlos, sonaba el tintineo de viejas doblas y el choque de espadas toledanas, y algo así como un golpeteo de cinceles que esculpieran blasones en bloques berroqueños. ¿Cómo iba á dejar de ser inmortal aquel otro infolio en cuyo seno parecía escucharse una risa amarga? En sus hojas todavía palpitaba el espíritu gigantesco del caballero nunca despojado de alteza, que tuvo por fueros sus bríos; por premáticas, su voluntad. El mismo esperó la resurrección de los ideales humanos al decir dolorido, tendido en su alcatifa de césped:—Tú, Sancho, por fin, alcanzaste la codiciada ínsula; pero yo, *post tenebras spero lucem*.

¿Morirían entonces los filósofos? ¿Acaso el olvido estaba reservado al severo peripatético, padre de la investigación, al divino Platón, al sublime Crisipo? Descartes, asentando en su duda metódica todo el moderno conocer; Kant, buscando en su crítica una base científica á la moral y al juicio; Bacon, señalando los derroteros de la ciencia experimental; Hume, Spinoza, Krause, Schopenhauer, Comte, los ideólogos alemanes, los escoceses, los enciclopedistas. Eran falange, eran

legión, y legión invencible. En sus frentes llevaban todos escrita una sola palabra: inmortalidad.

Agobiado por la admiración á lo que pasó, sentí toda la pesadumbre del ayer, toda la gravedad de lo muerto, toda la atracción de lo transcurrido en el tiempo. Y ocurrióseme que todas aquellas dormidas grandezas eran tal vez el mayor estorbo para que la humanidad siguiera adelante, y que, embebidos en la contemplación de las magnificencias pasadas, no pensábamós nunca en remediar las miserias presentes.

¿No era ese misoneísmo el que llevaba á nuestra generación á buscar la gallardía del lenguaje en sus balbuceos, á confundir la gracia inteligente con las chocarrerías frailunas, á soñar con la restauración de una España inquisitorial? ¿No era esa idolatría de las viejas catedrales de argamasa y de pensamiento la que nos llevaba á echar en olvido la urgencia, el apremio de buscar solución á problemas más hondos, que todos aquellos genios que reposaban en los estantes no acertaron á resolver con todo su aticismo y corrección clásica, ó desdeñaron como algo inútil? ¿No era el peso de los infolios el que hacía lenta, tarde y pesada la marcha de los hombres de buena fe por el camino de la verdad?

Me acometió una furia parricida, una destructora insania, un furor iconoclasta. Sí. Era necesario que todas aquellas obras sublimes rodaran al polvo y se destrozaran en los puestos de baratijas. En aquellos estantes hacían falta libros nuevos, de cómodo manejo y fácil consulta, menos ampulosos y menos transigentes con la iniquidad, escritos con mano nerviosa ante la pizarra, cerca del microscopio ó al lado del aparato ó del cuadro estadístico, cuyos autores no fueran espíritus pu-

ros, ni precursores, ni siquiera arciprestes, ni menos pícaros, sino hombres de su tiempo, resueltos á verificar el contraste de las verdades observadas y acabar de una vez para siempre con la miseria, la ignorancia y la esclavitud.

* * *

Entre un hombre que no se atreve á discutir una sola injusticia por miedo á condenarse y otro que todo lo arrostra con tal de buscar la verdad y el bienestar de los que sufren, aun á trueque de sufrir él solo la eterna pena, hay una incalculable distancia. El primero es un miserable egoísta ó un simple mentecato. El segundo es un redentor de la Humanidad.

* * *

No caigamos en vanas retóricas; pero hay que decirlo: se explota á los niños. Y esos niños, piemonteses del mundo irredento de la injusticia, comienzan ya á balbucear las estrofas de un himno: *¡Domani cresceremo!* Temamos que entre ellos, una vez crecidos, no surja un corso que pida estrecha cuenta de sus compañeros á las generaciones egoístas.

* * *

Llueve sobre los libros. Allá en el apartado paseo de Atocha, acurrucados en desvencijados estantes, mal protegidos por toldos de lona ó inconsistentes techumbres de tablas, millares de volúmenes se impregnan en desapacible humedad. Apenas si un denodado y curioso bibliófilo

se aventura á penetrar en los barracones y á tomar en sus manos algún viejo folio de apergamina cubierta. Tal vez es la *Ciudad de Dios*, de San Agustín; acaso el *Criticón*, de Gracián. Por sus hojas untuosas se desliza una gota de lluvia, desprendida de los apolillados maderos, que también algún día sustentaron edificios gallardos, rendidos luego á la pesadumbre fatigosa del tiempo.

Yo he acudido á uno de esos puestos solitarios, y he fijado la vista en sus estantes, mientras sobre la techumbre de zinc acompasaba la lluvia un brusco redoble, semejante al de una marcha de fusileros. En las inscripciones de los lomos, flamantes unos, sucios y despellejados sin misericordia los otros, he leído todos los nombres de los desconocidos protectores que me guiaron en una juventud cuyo lema fué *Nulla dies sine linea*. Con ser tanto lo que se ha escrito, ni uno solo de aquellos volúmenes que se mostraban en apretada fila me era desconocido. Aquella era la legión de amigos silenciosos de que habla en sus versos Mary Lamb.

Y por primera vez parecía experimentar contra ellos enemistad y encono. Yo había visto en mi niñez filas semejantes de lomas de piel, doradas á fuego, y sus inscripciones me parecían hondamente enigmáticas. Y las miraba con asombro y curiosidad estupefacta. Allí estaba el saber, la verdad, la ciencia incommovible. Cada una de sus páginas había asistido, como Sócrates en Teétetes, al alumbramiento feliz de una idea. En cada una de sus líneas había esculpido la indagación un axioma definitivo. Abrir aquellos libros, devorar sus páginas, identificarse con los genios que acertaron á formular la vida ó la sabiduría en aforis-

mos, sería acercarse al Ser Absoluto, merecer el dictado de ser humano, experimentar en el cerebro la sensación de un beso inmaterial é inefable. Y entonces se alzaba por fin una mano trémula, quitaba de su sitio un volumen, corría á un lugar solitario, y allí, con el alma de hinojos, bebía una á una las palabras sagradas y meditaba sobre todos los grandes problemas que han podido plantearse los hombres para resolverlos con la razón ó con el acero y el plomo.

Entretanto, mis amigos luchaban por un más seguro y provechoso triunfo. Lejos de indagar principios y leyes, estudiaban cuadrículas hechas, formularios concretos, programas empíricos, manuales dogmáticos. Y los años pasaban, y mientras yo comparaba y juzgaba y atormentaba mi cerebro en la sombra, ellos, más avisados, escalaban con su osadía, su adulación y sus malas artes las cimas de la fortuna y el poder. Y un día, hubo de despertarme un coro de carcajadas sonoras: las de los triunfadores risueños, las de los árbitros de la Humanidad, que habían gustado todas las victorias y saboreado todos los placeres, que, encaramados en sus tripodes, miraban con desprecio á un hombre miserable y caduco, con profundas arrugas en la frente y sombras dolientes en las pupilas, que sollozaba con un libro en las manos.

Yo escuchaba sus burlas, sus dicerios, sus imprecaciones. No había verdad, y si la había era sólo la revelada. La inteligencia humana no podía conocer sino hechos, y acerca de esos hechos se contradecían los libros, los sabios, los creadores de sistemas absurdos. Había malgastado una vida buscando en la redoma de Villena ó en los palimpsestos de Lulio el espíritu de la vida que vagaba

esparcido en toda la rotunda amplitud del espacio, derramado sobre la superficie de la tierra, llena de aromas y de brisas y de carcajadas y de besos.

Todo esto he pensado cabizbajo, lloroso, dentro del puesto de la feria, alumbrado por el grisáceo resplandor de una tarde otoñal, mirando con encono á los libros, mientras redoblaba la lluvia en el techo de lona con el rudo compás de una marcha de fusileros.

Después de permanecer un rato hosco y ceji-junto, he tomado en mi mano un envoltorio, atado fuertemente con un pedazo de bramante. Dentro había un libro con cubierta de piel que tenía cantoneras doradas. ¿Qué libro era aquel? No podía saberlo sin deshacer antes el legajo. Tal vez sería uno de tantos como había leído; acaso un conjunto de necedades. ¿Quién sabe si en sus páginas estaría consignada la verdad absoluta?

He dado por él unas cuantas pesetas y he salido con paso precipitado, caminando bajo la lluvia que, muy lejos de molestarme, refrescaba mis sienas, en que sonaba ardorosa la sangre en incesante golpeo.

Y ese legajo... no le abriré. Jamás sabré lo que dice ese libro, ni si tiene en blanco sus páginas. Será para mí el postrer immaculado misterio, el arcano definitivo, el tentador enigma. Mis manos no osarán deshacer la envoltura bajo la cual se oculta tal vez el misterio de la vida ó la muerte. Miraré por encima su abultado volumen, como miraba aquellos que formaban la biblioteca del abuelo, con infantil candor, con cándido y nimio arrobamiento. Necesito creer en algo, esperar en algo; me hace falta soñar que allí está escon-